

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 19 de Agosto de 1897

Núm. 352

GABRIEL FERRIER



Soñando

Silverio el Rojo

(EPISODIO DE ANTAÑO)

Reinando en España Fernando VII, apareció por tierras de Castilla la Vieja un bandolero que desde sus comienzos granjeóse una reputación tan brillante como merecida por su audacia y su guapeza. Al año justo y cabal de haber verificado su debut, que consistiera en el saqueo de una quinta propia de un comerciante, *Silverio el Rojo*, como así le llamaban por el rubio subido de su pelo, llevaba apuntadas en su libro de memorias una cifra considerable de hazañas. Catorce diligencias y diez coches particulares detenidos y «puestos á contribución» en medio del camino real; cinco ó seis caravanas de mercaderes sujetas á registro y pago de derechos; cuatro casas de labradores ricos visitadas y aligeradas; quince ó veinte broncas á tiro limpio con los agentes de la autoridad que iban á sus alcances.

Gloriábase Silverio de pertenecer á aquella tradicional especie de salteadores, cantada y hasta enaltecida por las coplas populares; especie dotada de cierto espíritu caballeresco; valiente y con frecuencia desalmado, pero nunca cobarde ni ruín. Silverio no brutalizaba, ni mataba, ni ofendía jamás á los vencidos; si de vez en cuando su trabuco ó su cuchillo enviaban á algún sér humano á la eternidad, era en caso de lucha franca y abierta; cuando se le oponía resistencia armada; en fin, cuando, conforme él mismo decía, no quedaba más remedio que matar para no morir *uno mismo*.

Silverio no se las había nunca con los pobres. «Primero — añadía — me dejaría pudrir de hambre en un rincón de la montaña, antes que molestar á un infeliz y quitarle un ochavo de su pobreza». No les quitaba más que á los ricos, y aun esto lo hacía en buenas formas, porque eso sí, era el hombre muy bien criado, y se puede ser ladrón sin ser servil ni groserote. Con las señoras, singularmente, mostrábase hidalgo y lleno de atenciones; en su cámara había siempre un frasco de esencia superior, para caso de que alguna viajera, en exceso nerviosa, se pusiera mala al encontrarse ante facinerosos.

Una vez hubo acreditado Silverio su bravura en varias peleas, la fuerza pública encargada de perseguirle echóse la cuenta de que á un tío como aquél no convenía



molestarle demasiado, y desde entonces el ojeo de que era objeto el *Rojo* tomó caracteres asaz inofensivos. La voz pública llegó hasta á asegurar que, en una venta sita á dos leguas de Burgos, se había visto á Silverio y al alférez Rubitaña comiendo unas magras y trasegando unas copas en santa paz y compañía.

Así las cosas, ocurrió un suceso que en sí no tenía nada de extraordinario, pero que debía tener trascendentales consecuencias.

Una tarde que Silverio se había ido á dar una vueltecita por el campo, vió venir á



buen paso una silla de posta que levantaba por el camino grandes nubes de polvo. Plantóse el bandolero en mitad de la carretera, echó al llegar el momento psicológico el correspondiente *jalto!* con apoyatura de retaco encarado al postillón, y la silla se detuvo.

En ésta iban dos reverendos, frescos, rollizos, que se santiguaron con ademán de espanto y miraron azorados al *Rojo*, cuando éste se les acercó muy cortés á saludarles.

Cumplido este deber social, les pidió, siempre muy político, pero con mucha firmeza, que le entregaran todo el dinero que sus reverencias llevaban encima.

Los viajeros, turbados y medrosos, no abrigaron la menor veleidad de resistencia, y con mano temblorosa, pusieron en los dedos del bandolero dos bolsas, entre cuyas

mallas de seda chispeaba alegremente el oro de las onzas peluconas y de las onzas des-
pelucadas.

— Muchas gracias, padres—dijo Silverio—pueden ustedes continuar su camino y
¡buen viaje!...

* * *

Ocho días después el ministro Calomarde, que gobernaba entonces para mayor
gloria y felicidad de la nación española, llamó á su presencia á Roque Zápalos, que era
uno de sus agentes policiacos más hábiles y le dijo:

— Eso no puede seguir así. Verdaderamente ese demonio de chico abusa, porque eso
ya es abusar...

— ¿A quién hace V. E. el honor de referirse?—preguntó tímidamente Zápalos.

— Refiérome á Silverio el Rojo. ¿Pues no ha tenido la villanía de atreverse con el
Vicario Capitular de Burgos, mi mejor amigo, que viajaba con el Penitenciario?... Cerca
de treinta mil reales les ha quitado el grandísimo ladrón...

— Algo había oído decir ya...—murmuró el polizone.

— Su Majestad se ha irritado mucho al saberlo: ¿lo entiende usted, Zápalos?... Así,
pues, arréglese usted como quiera, pero es preciso que antes de quince días esté ese
Silverio en manos del Juez ó del sepulturero. No me replique usted: es inútil. Márchese
usted para allá y compóngaselas como mejor lo entienda. Le doy carta blanca, pero no
se acerque usted por aquí sin haber cumplido mis órdenes.

* * *

— ¡Pobrecillo!... Suerte ha tenido en que yo acertara á pasar por ahí... Un cuarto de
hora más y se queda tan difunto como mi abuelo, que Dios tenga en su gloria. Pero
he llegado á tiempo... Con estas piezas y un traguito de aguardiente, va á recobrar el
sentido.

Así decía entre dientes un hombre agachado junto á otro, tendido éste al parecer
exánime, en la cuneta del camino. El primero sobaba enérgicamente las piernas, los

muslos, los brazos, las manos del
segundo, que poco á poco volvía á
la vida, resucitaba en medio de
aquel desierto de nieve que lo en-
volvía todo. Bajo el cielo de un
gris opaco, la llanura infinita, de-
solada, presentaba sólo á la vista
un manto inacabable de una blan-
cura triste como un sudario.

El hombre caído echó un débil
suspiro, y entonces, por sus labios
entreabiertos, dejó caer el otro al-
gunas gotas de aguardiente, cuyo
efecto se dejó sentir al punto. Co-
loreáronse un poco las pálidas me-
jillas; abriéronse los ojos para mi-
rar en torno, y á poco, incorporado
el individuo, podía contestar á las
preguntas de su salvador.

Entonces explicó que era un
infeliz cesante. Había salido de
Madrid para dirigirse á la capital
burgalesa, en donde tenía algunos
parientes y podría encontrar un
medio de ganarse la vida; el viaje
lo había hecho penosamente, á tre-
chos á lomo de acémila, á trechos
en carro, muchas veces á pie, y
recorría ya las últimas etapas

cuando el frío intenso de esa tarde de Enero le sorprendiera en medio del camino.

— Pues no nos detengamos—le dijo su bienhechor.—Este es muy mal sitio para un
cristiano... Vámonos hacia la venta de Leraca, que está muy cerca de ahí y en donde
podrá usted reconfortarse.

No sin pena se prestaron las entumecidas piernas del viajero al esfuerzo que se le
pedía. Pero concluyeron por obedecer, y un cuarto de hora más tarde entraban los dos



A. TABAL



En el estudio

hombres en la venta. De la cual salían una hora después, muy fortalecido el cesante y resuelto á salvar la distancia relativamente corta que le separaba de la ciudad.

—Voy á indicarle á usted un atajo que le ahorrará la mitad del camino,—le dijo su guía—vamos por ahí, compadre...

Seguían los dos caminantes un sendero estrecho por el que no podía marchar más que un hombre de frente. El asesino iba detrás; su compañero delante, echado á la espalda el trabuco. Cuando quedaba ya franqueado un buen tercio del camino, el cesante, que andaba pálido, demudado, metió la mano en un bolsillo y sacó un cachorrillo que trató de amartillar sin meter ruido. Pero por leve que hubiese sido el eco del piñoneo, percibióle perfectamente el oído del otro viajero, que se volvió con rapidez. Mas no pudo ver otra cosa que el fogonazo del tiro disparado á quemarropa: y se desplomó al suelo con el cráneo hecho trizas.

Practicó el matador un escrupuloso registro en el cuerpo de su víctima. Luego se irguió y al mirar el cuerpo inmóvil de Silverio el Rojo, de cuya cabeza destrozada seguía brotando un chorrito de sangre, cuya púrpura confundíase en la blancura de la nieve, lanzó un suspiro.

—Verdaderamente es sensible—murmuró—eso de matar á un hombre que os ha salvado la vida; porque no hay duda que á no ser por este pícaro estaría yo á estas horas en donde él está... en el otro mundo. Pero que se ha de hacer... Mi profesión no tiene entrañas y el deber ante todo.

Rezó directamente un *Padre Nuestro* y prosiguió su camino en medio de la impasible tranquilidad de aquel crepúsculo de invierno.

JUAN BUSCÓN.

¡Velay! ó La madre del cordero

De plata y gloria ambicioso
ha tiempo escribí una obrita;
la verdad... soy vanidoso,
estaba muy bien escrita
y el asunto era ingenioso.
Yo he de hacer que esto se lea
—me dije—con que á Romea;
allí me pondrán la proa,
pero en fin, aunque así sea:
y me fuí á ver á Ruiloa.
—Diga usted, ¿está el empresario?
—Tal vez esté.—Haga el favor
de ver si está.—Sí, señor.
—¿Y en dónde?—En el escenario.
—Buenas tardes.—Servidor.
—Aquí traigo á usted un juguete,
ó mejor dicho, un sainete.
—En verso tal vez...—No, en prosa.
—El caso es que tengo siete;
mas si la trama es graciosa...
Sólo el título leyó;
me miró, se sonrió,
y sin quererlo hojear,
—No hay triples—me respondió—
que lo puedan estrenar.
—Si el título le disgusta
iré á otro «caballo blanco»
—dije,—y á ver si le gusta;

pues ni este atranco me asusta,
ni he de hallar sólo este atranco.
A Apolo me dirigí,
por Arregui pregunté,
estaba, me presenté,
le dije á lo que iba allí,
y el sainete le entregué.
Sólo el título leyó;
me miró, se sonrió,
y sin quererlo hojear,
—No hay triples—me respondió—
que lo puedan estrenar.
Me dijo igual Caballero,
lo mismo me dijo Lara,
y yo debiendo al tendero
y sin encontrar dinero
por un ojo de la cara.
.....
Hoy que á sastre me he metido,
el libreto he destrozado;
y en verdad que lo he sentido;
mas por él tanto he pasado,
que le está bien merecido.
Al comenzarlo á rasgar,
el enigma he descubierto
de no poderlo estrenar.
Fué por el título ¡cierto!
Le puse *La Flor de azahar*...

ANTONIO SOLER.

Enamorado de la muerte

Por algo notaba yo en el rostro de mi pobre amigo Fulano de Tal, una constante y atractiva tristeza.

Fulano de Tal apenas habla.

Se reúne con sus amigos,... para escucharles.

Algunas veces, al oír una frase graciosa, sonrío. Pero hasta en sus sonrisas hay amargura.

Dicen que ha sufrido grandes desengaños. Figuró en política, en literatura, en eso que hemos dado en llamar *la alta sociedad*; pero de todas partes salió, como vulgarmente se dice, «con las manos en la cabeza».

Y, sin embargo; el pobre Fulano no tiene mal carácter.

Por el contrario, es un buen muchacho.

Un primo suyo, célebre porque tiene la moderna habilidad de engañar á las gentes y dejarlas contentas, asegura que á Fulano le perjudica extraordinariamente ser hombre de bien.

Recuerdo que cuando éramos estudiantes, Fulano tenía una novia por la cual perdió el curso de Física.

La quería mucho. Al volver de unas vacaciones, me encontré á Fulano muy flaco, vestido de luto, sin que se le hubiera muerto pariente alguno.

—¿Y Luisa?—le pregunté.

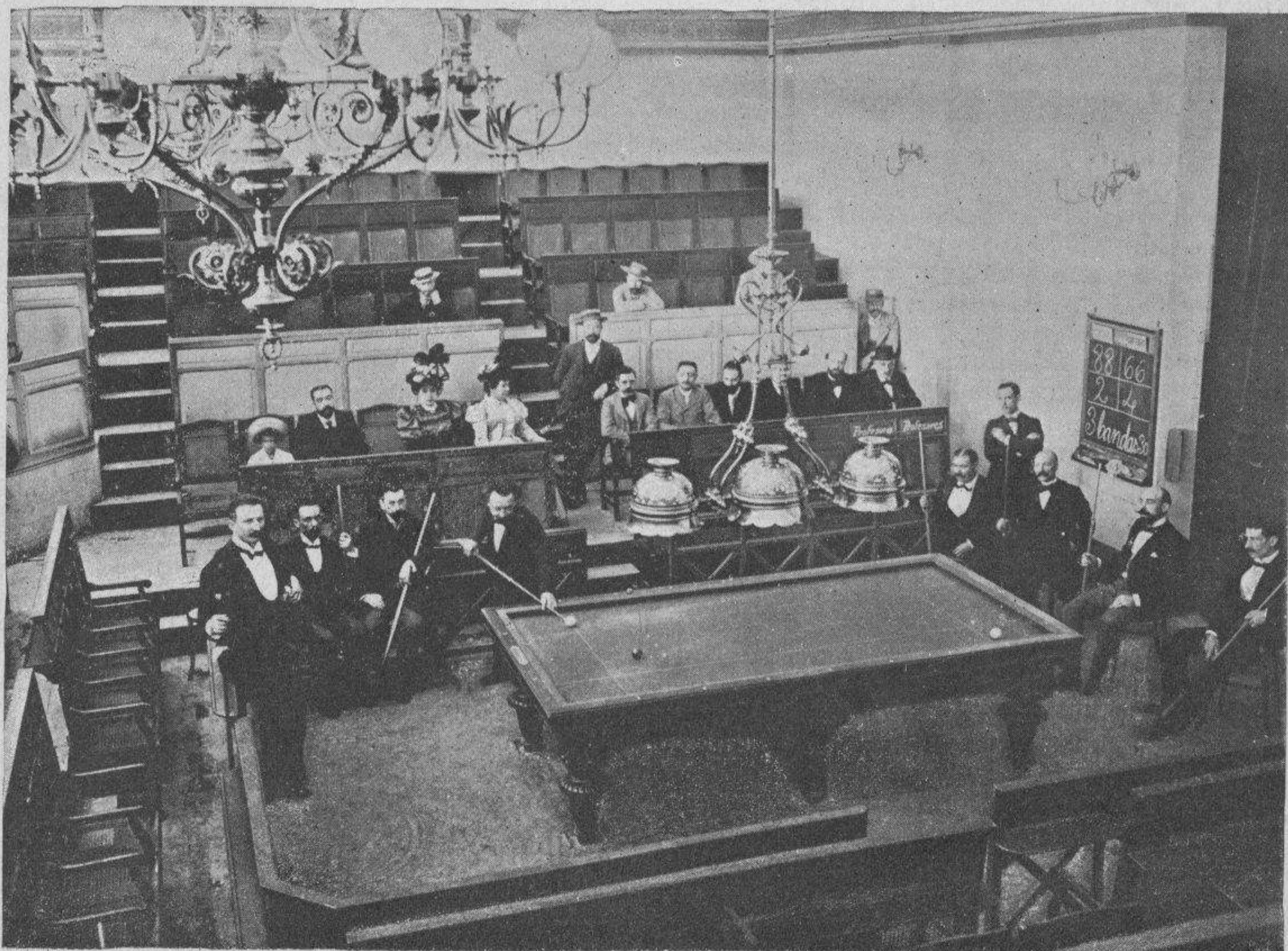
—Se casó con otro.

Y sonreía.

¡Pero qué sonrisa aquella! Siempre que le veo sonreír ahora, me acuerdo de aquel día.

Eramos los dos periodistas, y le he visto durante varios años escribir notables artículos en defensa de nuestro bello ideal...

BARCELONA EN LA MANO



Academia de billar del Café de Colón. Fot. de nuestro colaborador A. Merletti

Se «armó la gorda» y nos colocaron á todos. A Fulano le ofrecieron cien cargos. Ninguno le gustaba. Decían que era muy ambicioso. Sin embargo, él no variaba su obscura vida...

Poco tiempo después me aseguraron que se casaba.

En efecto, se unió á una mujer muy pobre. Fué feliz un año, no sé cómo, pero él me afirmó que lo era, y es hombre incapaz de mentir.

—¿Te has colocado al fin?

—No.

—¿Qué haces?

—Nada.

—¿De qué vives?

—No lo sé.

—¡Qué hombre más raro! — dije para mí; y me separé de él sin volver á verle en dos años.

Al encontrarle de nuevo, me dijo que pensaba entablar demanda de divorcio.

—Y ¿por qué?

—Porque mi mujer se queja de que no tengo dinero.

—Y ¿por qué no trabajas?

—Porque no he de pasar por lo que pasa todo el mundo.

—Pero en fin... con el mundo hay que transigir...

—Yo no transijo con nada.

—Te harás aborrecible.

—Ya lo sé.

—Entonces...

—¡Adiós!

Y me volvió la espalda.

En resumen. Fulano de Tal, según cuantos le conocen, es «un animal raro».

Pero á mí no me pareció nunca tan raro como el otro día, cuando me le encontré parado delante del almacén de cajas de muerto de la calle del Desengaño.

Estaba inmóvil, con las manos cruzadas atrás, contemplando, en verdadero éxtasis, los féretros adornados con galones de oro...

—¿Qué haces ahí?

—Ya ves. Viendo ataúdes...

—¿Se te ha muerto alguien?

—No.

—Entonces que...

—¡Ah! ¡Los compraría todos!

—¿Para qué?

—¿Cómo para qué? ¡Para mí!

Y echándome la mano sobre el hombro, exclamó:

—¿No has observado que yo me siento siempre con las manos cruzadas sobre el pecho?

—Sí, he creído notar...

—Es la postura de los muertos.

—¡Pero hombre...!

—Cuando me acuesto, me coloco boca arriba en la cama, y las cruzo también... y, si vieras qué feliz me haría quien en esos momentos me asegurase que no había de despertar!... ¿Crearás que estoy loco, verdad? No, querido amigo mío, no, ¡es que estoy enamorado de la muerte!

Suspiró un momento, y continuó:

—Aquí donde me ves, nunca he hecho cama. Treinta años hace que salgo á disgusto por día, pero de esos disgustos que las gentes ni ven ni aprecian, ó si los notan, les importan nada... Todas las amarguras porque un hombre puede pasar, las he sufrido yo en silencio, observando con el más profundo dolor las injusticias y las miserias de esta despreciable humanidad, á la cual no puedo decirle que no me ha comprendido, porque se echaría á reír, que yo soy quien no la ha comprendido á ella...

Yo amo por amor, y los demás aman por algo más ó por algo menos.

He querido ¡pobre de mí! realizar en la vida práctica los grandes ideales de nuestro tiempo, y no he tenido ni la fuerza moral para imponerlos ni país que los secundara.

Siempre he oído en torno de mí que las teorías no se realizan de pronto...

El trabajo que yo considero verdaderamente tal, ese trabajo intelectual que requiere tranquilidad, reposo, ánimo sereno... no me ha sido dado emprenderlo, porque la vida que vosotros llamáis «práctica» exige una asiduidad fatal para no morir de hambre...

Hice versos en mi juventud y no los leyó nadie, no porque fuesen malos, sino porque eran poesía.

No sé hacer dinero. No quiero jugar por no atentar al de nadie. ¡No soy, en fin, nada!

Así, pues, me queda todo el día libre para presenciar las equivocaciones de los demás. Cuando llega la noche voy sumando la tristeza de hoy con la de ayer, y entonces me las disipa todas esa novia que nunca llego á ver, adorado tormento que no viene; *la muerte*, en fin, que sin duda ninguna pasa todos los días por delante de mis ventanas, tocando con sus descarnados huesos en todas las vidrieras, ¡y nunca en las mías!

¡Oh! Si me vieses algunas mañanas meterme en un coche y seguir á los que van detrás de un entierro...

Reirías de fijo de mi locura; pero te digo en Dios y en mi ánima, que yo hago estas excursiones muy en serio.

Cada muerto que pasa por delante de mis balcones, me parece un pariente y un amigo que va delante de mí á buscarme lugar por allá, Dios sabe dónde... A veces me enfurezco contra la muerte, que suele equivocarse todos los días.

Anteayer ví enterrar á un niño.

Le envidié, porque no verá nada de lo que he visto yo en treinta años.

Ayer tarde, al llegar al cementerio siguiendo á un cadáver, vi, cuando descubrían el féretro, que la emigrante de la vida era una hermosísima joven.

¿No sería más lógico que desapareciese yo?

¡Ay! ¡Si no creyera que el suicidio es una cobardía!

Pero no lo intentaré nunca. Esperaré, y creo que será mucho tiempo, porque en mi familia, que es de desgraciados, todos han vivido mucho tiempo.

Veré el mundo tal cual es, hasta sabe Dios cuando, y la muerte, burlona y despiadada, revoloteará en torno de mí arrebatando en la vecindad vidas preciosas...

¡Te aseguro que el primer dinero que tenga he de emplearlo en una de estas cajas galoneadas de oro, y he de viajar con ella, y hacer lo que aquel niño... ¡mira!...

Dentro de la tienda veíase á un muchacho de ocho á diez años que se metía dentro de un ataúd sin forrar, y adoptaba, jugando, la postura de un muerto.

Un obrero del establecimiento se dirigió hacia él, y le sacó bruscamente de allí diciéndole que con la muerte no se juega.

Y Fulano de Tal, sonriendo como sólo él sonrie:

—¡Imbécil! ¡El niño sabe á donde va! ¡Yo quiero... y no puedo! ¡Vivamos otro año! Estaban dando las doce de la noche del último día de Diciembre.

Fulano de Tal no es el solo «animal raro».

EUSEBIO BLASCO.



F. BALDELLI. — Tipos egipcios

TIPOS DE BELLEZA



Belleza americana



Belleza oriental



S. CAPIES. — Después del baño



J. ULLASTRI. — En el baño

¿Fides?

Indudablemente he nacido para amar mucho y para sentir muy hondo. Cuando otros niños entecos y aplicados pensaban tan sólo en saberse las lecciones de latín, ó en presentar resueltos los problemas de matemáticas que un profesor sin conciencia se entretenía en plantear con todas las dificultades posibles, recuerdo que á mí me importaba un ardite de todos aquellos latinajos y problemas que tanto preocupaban á mis compañeros, y que los ratos que pasaba conmigo á solas eran deliciosos á más no poder, porque durante ellos me extraviaba la memoria de lo que había podido atisbar mirando como un espía, por una rendija, de la intimidad de mis fámulas, que, habitualmente, después de la comida, iban á cambiar su traje de ceremonia por otro más modesto, con el que fregaban los platos y los suelos.

¡Oh visiones de la infancia! ¡Oh recuerdos de la niñez que despierta á la pubertad! ¡Oh ilusiones de una naturaleza robusta y potentísima que siente por primera vez el ansia indecible que es el fin y el objeto de toda vida para que ésta no se pierda miserablemente en la desmembración inevitable de la muerte, sin haber reproducido la forma superior alcanzada á través de mil peripecias, lograda á fuerza de siglos de labor reproductiva y seleccionadora!

¿Cómo no amar, dada mi propensión á enamorarme de todas las mujeres, á Carmen,

la sin par, á la que de niña prometía cuanto ha realizado de mujer, á la que encerraba en el globo de sus ojos todas las idealidades y en el estuche de su roja boca y de su cuerpo sin tacha, blanco como el mármol de Paros, todas las lascivias que puede concebir una imaginación acalorada de adolescente que conoció de niño las obras en que los maestros hablan de las perversiones de Grecia y Roma?

Ello es que la amé, y que durante horas y horas estuve en contemplación estática ante su rostro, dechado de hermosura, ante su cuerpo, suma de toda belleza. Y ella, por su parte, compartía mi amor como ninguna mujer ha sabido luego compartirlo. También se extasiaba oyendo ó presenciando el relato ó la batalla de mis puñadas con otros mocosuelos, que no querían acatar mi superioridad, que no convenían en que yo fuese el primero entre ellos.

Pero nuestros sentidos no estaban educados todavía para la gran concepción; no se satisfacían sino á medias, y uno y otro quedábamos anhelantes y mirándonos, pensando que había un más allá que no sabíamos atrapar, hacia el que, á pesar de nuestros arrestos, no acertábamos á caminar con paso seguro. Anhelantes y ciegos de deseo, quedábamos sin llegar al abrazo fecundo. ¿Es que no había sonado la hora todavía?

Yo marché de mi tierra y Carmen prometió que aguardaría mi vuelta, que no se entregaría á otro. El tiempo no marcha en vano.

Diez años más tarde, cuando volví á mi patria, Carmen estaba



Leda

casada. Yo sabía ya, como ella, la ciencia toda del amor. Ambos sabíamos como se satisface el deseo invencible, el ansia inacabada que precipita unas sobre otras las dos mitades de los seres que pueblan el mundo y le animan.

En cuanto nos vimos y nos hablamos, volvimos á querernos. Tiempo pasado, obstáculos surgidos, experiencia lograda, nada bastó á detenernos.

—Sí, decía Carmen, sí, te he sido fiel. Y porque lo he sido, estoy entre tus brazos apenas has pisado la tierra en que juntos sentimos los primeros impulsos del amor. No me acuses de olvidadiza. Héme casado, he pertenecido á otro hombre, porque así lo quería la ley social, porque mi carne virgen lo pedía, porque me es imposible á mí—como á ti te lo ha sido,—substraerme á lo que de mí solicitaban fuerzas que no paran, que no mueren, que no se aprietan. Pero has venido tú, y aquí me tienes. Has venido tú y sólo á ti veo, y por ti respiro, y eres alma de mi alma y carne de mi carne, y estrella de mi fe. La levadura que tu primer contacto impuso en mí, ha fermentado con el tiempo, y ahora soy toda tuya. ¡Señor! ¡Aquí está tu esclava!

A. RIERA.

Carta íntima

I

¿Que yo he tenido amores
con más de dos docenas de mujeres?
¿Que de la juventud en los ardores
he sido un moscardón entre las flores?
Pues es mucha verdad... Pero ¿qué quieres?
Esas han sido siempre mis ideas
y no debes, hermosa, de acusarme.
¿Tienen ellas la culpa de gustarme?
¿La tengo yo de no encontrarlas feas?

II

Sois vosotras la luz, la poesía,
porque sois el amor. En vuestros ojos
se bebe ó el dolor ó la alegría,
la dicha ó los enojos.
Me gusta contemplaros un momento,
sentir la admiración de la belleza
y... marcharme después cual huye el viento,
sin volver, para veros, la cabeza.
Y dí, ¿no es esto un rasgo de heroísmo?
¿Renunciar á mirar eternamente
ese rayo inmortal de idealismo
que esparce la hermosura en el ambiente?

III

No imagines que estoy desengañado,

ni que soy un romántico de aquellos
que hablan con tono triste y resignado
metiéndose la mano en los cabellos.
Nada de eso. Si os huyo
tras de amaros un poco á la lijera,
es porque dan disgustos de primera
los rostros y los cuerpos como el tuyo;
porque en medio de tanta poesía
tenéis muchas agallas, hija mía.

IV

Soñar, idealizar. ¡Valiente cosa!
¿Para qué ni á qué fin? Si los placeres
que vienen de los labios de una hermosa
son lo más miserable de la prosa
y son la gran verdad de las mujeres.
Nada de amores trágicos y eternos,
pasar como la brisa perfumada.
¡Si los goces más castos y más tiernos
son los que no impresionan casi nada!
Mezclar con lo presente lo pasado,
y amar á una distinta cada día,
para no cometer la tontería
de querer á una sola demasiado.

José M.^a DE LA TORRE.



S. COBBEN. — Después del naufragio



Una cena

I

Así, intentando dominar su pena,
le dice el maquinista al fogonero:
—Mas acordarme de mi afán no quiero,
y pues es esta noche Noche buena,
en vez de lamentarnos, compañero,
vamos á hacer honor á nuestra cena.—
Y, en tanto que sus lágrimas esconde
bajo un gesto especial é indefinible,
el otro le responde:
—Lo haremos como dices... si es posible.
Pues, por el Dios en que creemos, juro
que al ver mi situación, algunas veces,
hasta las mismas heces
el acre cáliz del tormento apuro.
Yo nunca puedo separar mi idea
de aquella pobre gente
que aguarda entre amorosa é impaciente
mi regreso á la aldea.
Mas de no abandonarla no hallo forma,
pues el negro destino
me sujetá á esta férrea plataforma
para que vea siempre igual camino...
—¿Quizás lloras también porque estás preso,
y en tal noche como esta más te afliges
si tu memoria hacia el hogar diriges?...
Y el otro respondióle:—¡No es por eso!...
Y, al sentirse en tal punto combatido
por un recuerdo que un sollozo arranca,
dando al blanco vapor salida franca
oculta su sollozo en el silbido...
Mira al cielo después como un demente,
y dice al fogonero rudamente:
—¡Saca pronto esa cena!... ¿No has oído?

II

Corría el tren, corría
con tal velocidad, que estremecía.
A su paso los árboles temblaban,
y el ruido de los topes que chocaban
una danza de diablos parecía.
Las gigantescas masas de granito,
en los horrores de la sombra envueltas,
daban, al parecer, vueltas y vueltas
en la vaga extensión del infinito.
El humo sube y sube
en raudas espirales,
y forma en los espacios una nube,
que adquiere proporciones colosales.
Nube que crece y crece
y oculta un breve instante el firmamento,
y al fin se desvanece
cuando le agita con su soplo el viento.
La nieve cuaja consistente y dura
en aquella uniforme superficie,
y causa el contemplar la gran planicie
el marco especial de la blancura.
Se oye el vapor que aprisionado ruge
en la hirviente caldera,
y al impulso infernal de la carrera
el maderamen de los coches cruje

y todo el tren lo arrasa
con su potente y porfiado empuje,
y todo se extremece... y todo pasa...

III

Y, ya aquellos dos hombres frente á frente,
entre el vapor rojizo que la escena
alumbra débilmente,
dan principio á la cena.
Repite el fogonero el tema eterno
que trae siempre en la mente,
y habla de las virtudes de su esposa,
del calor de su hogar en el invierno,
del esponjoso pan, sabroso y tierno,
y de una pequeñuela muy hermosa...
—Y es tan bello ese amor de mis amores,
(exclama entusiasmado),
que el sol su ardiente resplandor le ha dado,
y al verla pasear, bajan las flores,
con respeto, su cáliz perfumado.
¡Si tú la vieras, Juan!... ¡Pobre chiquilla!...
Yo, como soy tan zote,
no me atrevo á besarla en la mejilla
por miedo á que la arañe mi bigote.
Me cuenta lo que sueña,
porque á mí me entusiasman estas cosas...
¡Y si vieras qué cosas más preciosas
distingue entre sus sueños la pequeña!...
¿Tú tienes hijos, Juan?—Una he tenido,
el otro le contesta entre un sollozo.
¡Una, Pedro, que ha sido
mi esperanza, mi afán, mi amor, mi gozo!
—¡Ahora la causa de tu llanto acierto,
y adivino el pesar que en tí se esconde!...
¿Murió?... ¡Pobre infeliz! Y... —¡No!— responde
el maquinista con furor: ¡No ha muerto!
Vive alegre, feliz y placentera...
Y... Pedro... ¡más valiera
que lo que has dicho resultara cierto!...
Que, aunque el hacerlo así, mi alma taladre,
¡No puedo ser!... ¡No puedo ser su padre!...
—¿Y estás sólo en el mundo?—¡Como un perro!...
¡Sin hogar, sin amor, sin fe, sin nada!...
¡No pudiendo tener familia honrada,
escogí esta familia... que es de hierro!
Y al paroxismo del dolor cercano,
lanzando una estridente carcajada,
puso sobre la máquina su mano.
—Y ésta—murmura—á mi poder se aviene:
no es de esperar que á su capricho ceda...
¡Si quiero que se pare, se detiene!
¡Si le mando avanzar, al punto rueda!...

IV

No hablaron más después... Siguió corriendo
el tren por la extensión de la llanura...
Pedro á su niño en sueños sonriendo;
y el otro, desvelado, y maldiciendo
con voz entrecortada su tortura...

Luis DE ANSORENA.

TULIO DE CARPENEDO



Judío de Jerusalem

¡El 4,444!

Jorge tenía veinte años, muchas ilusiones, un bigote rubio graciosamente colocado sobre el labio, ojos azules, dientes pequeños y estatura esbelta. Cuando se vió en la puerta de su casa, embutido en el gabán de verano, bajo el cual asomaban las faldetas del frac, echó una mirada al cielo, y dijo:

—¡No, lo que es esta noche no llueve! Bien puedo arriesgar mi sombrero de copa.

Y antes de salir del portal aun se le quitó por última vez, y pasóle el codo sobre la coruscante felpa. ¡Qué brillo, qué resplandores! Sesenta reales costó, pero bien podían darse sólo por el gustazo de verle puesto de medio lado en la cabeza del estudiantillo, caído sobre la sien derecha, con una expresión de picaresca malicia, que hacía contraste con la sencillez infantil del rostro, en que las veladas del dolor no habían aún pintado surcos morados debajo de los ojos.

* * *

Después echó á andar, buscando en el movimiento el calor que le negaba la leve telilla del gabán. Suponed que esto ocurrió anoche, que el termómetro marcaba seis grados bajo cero, que una escaracha cristalina quebraba en las aceras la luz del gas, que el frío estaba detrás de cada esquina, dispuesto á herir al transeunte con el florete agudo de la pulmonía, y calculad el estado de aquel cuerpo, á quien sólo preservaban del relente una camisilla muy almidonada, un frac sin forros y un gabancillo de verano, del cual podía decirse lo que Marcial decía de las gasas de Emirio, llamándolas «aire tejido». Jorge había comido, á las seis, su modesta y frugal colación de estudiante pobre. A la misma hora, su primo Enrique, á quien agobiaban los cuidados de la riqueza, experimentó fuerte dolor de cabeza, y se dijo:

—¡Qué lástima! ¡Hoy que me tocaba el abono del Real!... Tendré que acostarme... ¡y la butaca se pierde! ¡Hombre, una idea! Le mandaré la butaca á mi primo Jorge... Para el pobre será una noche de alegría...

Dicho y hecho: la butaca metida en un sobre, el sobre entregado á un lacayo, el lacayo trotando hacia el barrio de Pozas, Jorge despidiendo al lacayo, rompiendo el sobre, y dando, con rostro alegre y sorprendido, las gracias por la fineza, son cuadros que se siguieron, sin que mi pincel tuviera espacio para reproducirlos.

Y Jorge atravesaba las calles tiritando, y con el billete en la mano, como debe atravesar los cielos en una noche de Diciembre un alma justa con un billete de libre circulación por el Paraíso.

* * *

Avergonzado cruzó Jorge el *foyer* del Real. Dejó en un guardarropa el gabancillo, ocultándolo como se oculta un crimen, y entró en la sala. Quedó como ciego. Tanta luz le ponía ante los ojos resplandores de relámpago. Todos los fraques eran mejores que el suyo. Su sombrero, en cambio, era el que á los demás aventajaba en brillo, pero al destacarse sobre los hombros y espalda del paño raído y sin pelo de aquella maldita prenda, asemejaba á la luna saliendo sobre una nube negra. Además, aquel cuello planchado por la patrona, aquellos puños desiguales, recio y tieso el uno como de cartón, lacio y sin resistencia el otro, como si de papel de fumar estuviese industriado, quitaban toda su majestuosa severidad al conjunto de la persona.

—¡Qué ridículo debo estar!—pensó con rabia Jorge.

Creyó que una guapísima muchacha, que asomó su rostro juvenil, lleno de sandunga andaluza, desde el fondo de una platea abría los divinos labios, parecidos á parlantes amapolas, para soltar una burlona carcajada, producida por aquel su empaque cómico-serio de pordiosero engalanado; y cuando el maestro agitó la batuta y los violines preludiaron la sinfonía, imaginó que la embocadura del teatro se abría, ¡se abría! ¡se abría!... hasta desgarrarse, ¡y que salía de ella una estrepitosa y fenomenal risa causada por el frac, el cuello y los puños de Jorge!

* * *

Mil pensamientos de vanidad entraron en el alma de Jorge. Fué noche de tormento aquella para el pobre estudiante; marcha fúnebre toda la partitura; sayones crueles cuantos le rodeaban; una flecha cada mirada que le dirigían.

El rumor de las conversaciones era para él como rumor de olas, en el cual ningún ruido puede aislarse y percibirse distinto. Apenas si oyó, pues, que aquel público elegante, aristocrático y alegre hablaba de los escasos sucesos de la semana.

—«¡Una crisis! decía un obeso caballero. ¡Cánovas otra vez! Eso era inevitable. Cánovas es el centro de gravedad de la situación. ¿Estuvo usted en el Español? se preguntaban más allá. ¡Captivi! ¡Plautol! La marquesa se empeñó en que ella había leído esa comedia en su devocionario. ¿Con que en París están dando golpe los toreros españoles? ¡Qué gloria nacional! exclamaba un taurófilo. ¿Cuándo tenemos otro baile?»

Era un coloquio desfilachado, en que unas ideas absorbían á otras, sin dejarles tiempo de expresarse por completo; algo como el chispear de las burbujas del champaña dentro de la copa de Bohemia.

—Aquí todo es alegría, y yo soy tristeza. ¡Parezco un sauce entre rosas, un vencejo negro en una jaula de canarios, una mancha de sombra en la gran masa lumínica del sol!

Salió del teatro veloz, hirviente el cerebro en sueños de ambiciones mundanas: un muchacho se le puso delante en la Plaza de Oriente.

—Señorito, le dijo, el último billete que me queda. La suerte... El premio grande... ¡El 4,444!

El granujilla, desarrapado y medio desnudo, le mostraba el billete, y cojeando, con los pies entumecidos de frío, seguía siempre á pocos pasos.

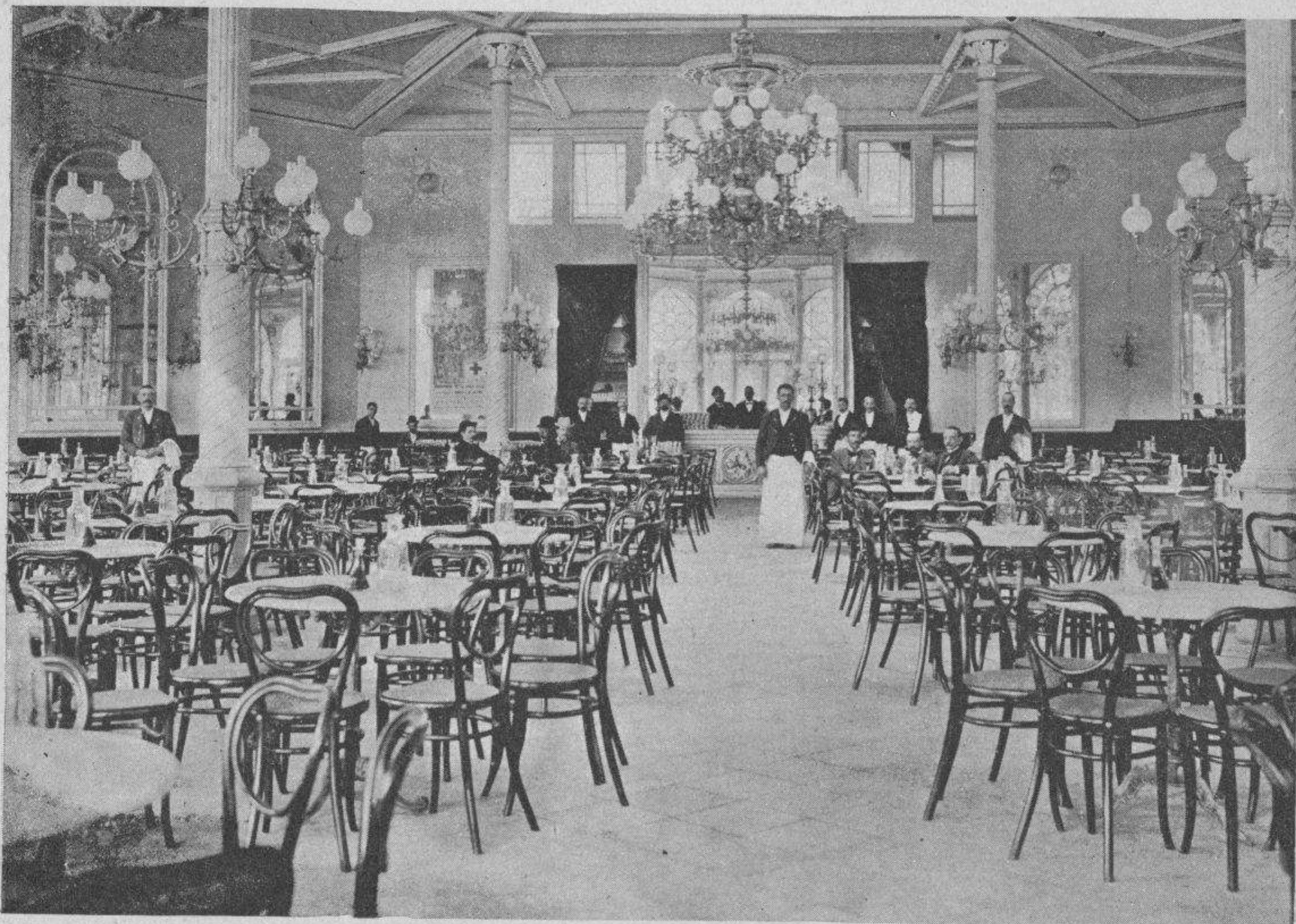
—¡El premio grande!—pensó Jorge.—¡Muchos millones! ¡Muchos fraques nuevos! ¡La felicidad que se viene á posar en la mano derecha, plegando sus alas de bella pluma! ¡Una casa magníficamente amueblada, con cuadros, con arañas de cristal, con terciopelos y lacayos y con una hada preciosa en medio de tal estuche de lindezas! ¡Una hada que canta como un arroyuelo, que se viste de encajes y seda, que viene á decirnos al oído palabras divinas y á taparnos los ojos, con sus deditos de nácar, desafiándonos á que la conozcamos!... Y todo eso por un papelillo de color de rosa... ¡de color de rosa, como los sueños que produce!... sin trabajo alguno, sin molestia ni fatiga. El árabe sueña con el opio en todas esas delicias. Los españoles soñamos en ellas con la lotería... ¡La lotería!... ¡Un filtro que todas las semanas hace beber el Gobierno á los descontentos de su suerte!... Si no hubiera lotería, habría muchas revoluciones.

* * *

Pero Jorge no compró aquel décimo... porque no tenía bastante dinero. Rechazó las instigaciones del vendedor, que siguió caminando con su pata coja, y fumando una colilla con gesto graciosamente canallesco. Subió Jorge la cuesta del Príncipe Pío, y vió brillar en la extensa zona negra del panorama nocturno luces de viviendas, y estrellas, llamas y astros. La noche obscura empalma el cielo con la tierra en una sucesión de tinieblas, como se une la vida con la muerte por el lazo del sueño. Rodaba á los lejos el tranvía, y contados transeuntes turbaban la soledad y el silencio con el ruido de sus pasos. Jorge se creyó solo, y avivó la celeridad de su marcha; pero al llegar al barrio de Pozas, volvió á oír la delgada voz que le decía:—Señorito... ¡La suerte!... ¡El 4,444!

Y aun cuando cada vez iba más aprisa, nunca dejaba de oír el eco de aquella voz y aquel número enlazado á la palabra «suerte» y á un mundo de sueños de felicidades terrenales, como los que produce la embriaguez del *haschit*. Entró en su casa, subió los 157 escalones del sotabanco, encendió, ya dentro de su cuarto, una bujía, y el espectáculo de desolación y miseria que le rodeaba le hizo horrible impresión de frío. ¡Libros malditos, de cuyas hojas emborronadas sale el duende de la pesadilla, cama dura y fementida, cuyos jergones ha rellenado de espinas la miseria; muros sucios desempapelados, con manchas de tinta y fumosos rastros de bujías quemadas cerca del yeso; vidrieras sin cortinilla, remendadas con papel del sello y estampas de una novela terrorífica, hundidos en el abismo, desapareced y volved á la nada, pues ya no podéis acomodaros á servir de nido á la vanidad! Mientras Jorge se desnudaba, arrojando aquí el sombrero, más allá el frac, los pantalones sobre una

BARCELONA EN LA MANO



Interior del Gran Café de Colón

Fot. de nuestro colaborador A. Merletti

silla, y la corbata en los hierros del lecho, el maldecido chiquillo, aquel cojitrancó de todos los demonios seguía gritando frente á la puerta de su casa:

—¡El premio grande!... ¡El 4.444!

* * *

Durmióse al fin Jorge, sin dejar de oír ese pregón de la fortuna, y como quien sucumbe bajo la influencia penosa de una idea fija, no cesó su magín de cavilar, retorciéndose entre las tenazas de la ambición. ¡Cuánta absurda escena presenció desde su lecho! Una gran sala llena de gente: varios graves señores sentados junto á una soberbia mesa; dos globos de mimbre, girando, y dos embudos de cristal, por los cuales caía vibrando una bolilla de marfil; dos muchachos del Hospicio, que cogían aquellas esferitas y leían el número que traían grabado; y una oleada de ansiedad, expresada por la agitación de manos y cabezas en el público ápretado y silencioso: todo esto visto al través de las nubes del ensueño, con borrosa indecisión, como imágenes hechas de humo, que el viento forma y desvanece.

Pero ¡cosa inaudita y singular! De repente, uno de los muchachos del Hospicio grita: «Premio de diez millones,» y el otro dice: «4,444,» y una exclamación de ansiedad comprimida sale de todos los labios, y todas las miradas se vuelven hacia una esquina del salón, donde se encuentra un joven «como de veinte años, de bigotillo rubio, graciosamente colocado sobre el labio, ojos azules, dientes pequeños y estatura esbelta». ¡Es él, es Jorge, á quien todas las manos señalan como poseedor del billete premiado! «¡Yo! ¡Yo dueño de esa fortuna!» balbucea Jorge. Y haciendo un supremo esfuerzo para desasirse de cien manos que le estrujan felicitándole, sale á la calle, y... despierta.

* * *

Desvanécese la pesadilla... Pero no; aun debe continuar la obsesión, porque Jorge, puesto de codos en su lecho, con los ojos abiertos en la obscuridad, el cabello alborotado, la sien calenturienta, febriles las manos, oye la voz del vendedor de billetes, que grita con una insistencia molesta y pertinaz:

—¡El premio grande!... ¡El 4,444!

Jorge no sabe, no puede, no quiere resistir. Abre la ventana, asómase sobre el antepecho, y no ve nada más que el farol del sereno, que luce al fin de la calle, y la luna que guiña sus ojos entre nubes en el fin del cielo despejado. Vístese á medias: el gabancillo y el pantalón vienen uno después de otro, con gran priesa, á ser abotonados por unos dedos ágiles é inquietos. Arrójase por la escalera como loco, sin luz, tropezando y saltando, con la llave empuñada, como se empuña un cuchillo en apurado trance de muerte, abre la puerta, lánzase á la calle, y escucha otra vez la voz del vendedor, que grita su número lejos, muy lejos, sonando como arpegio de música, que apianándose poco á poco muere en el espacio.

* * *

El estudiante, detrás del chiquillo, recorre á veloces pasos el campo solitario. Jorge quiere apoderarse de aquel billete, sea como fuere. El le comprará, á pesar de que no tiene bastante dinero en el bolsillo. Entre el billete y él median un campo de tinieblas y un imposible, pero él sabe que el billete será suyo. ¿Qué demonio le impulsa cuando baja corriendo, como *Don Alvaro*, los despeñaderos de la montaña? Es que la voz del granuja suena hacia el río, y él no repara en que su camino está lleno de precipicios. ¿Qué malvado guía es aquel muchacho, que á media noche va por tan desacostumbrados lugares? Parece un geniecillo burlón y maléfico, el fantasma de la riqueza, que baja cantando á las cavernas, donde el oro se amasa por cáfilas de demonios negros, y se tallan los diamantes por dedos marmóreos de lindas diablesas. Jorge anda unas veces, salta otras, se despeña luego, brinca después. Es una marcha absurda entre hoyos y fango, entre casas demolidas y construcciones militares, rompiéndose el traje y los huesos contra las empalizadas de línea férrea, manchándose entre pirámides de negro y oleoso carbón, siempre en pos de la voz que suena delante, y siempre en alas de un impulso infernal.

* * *

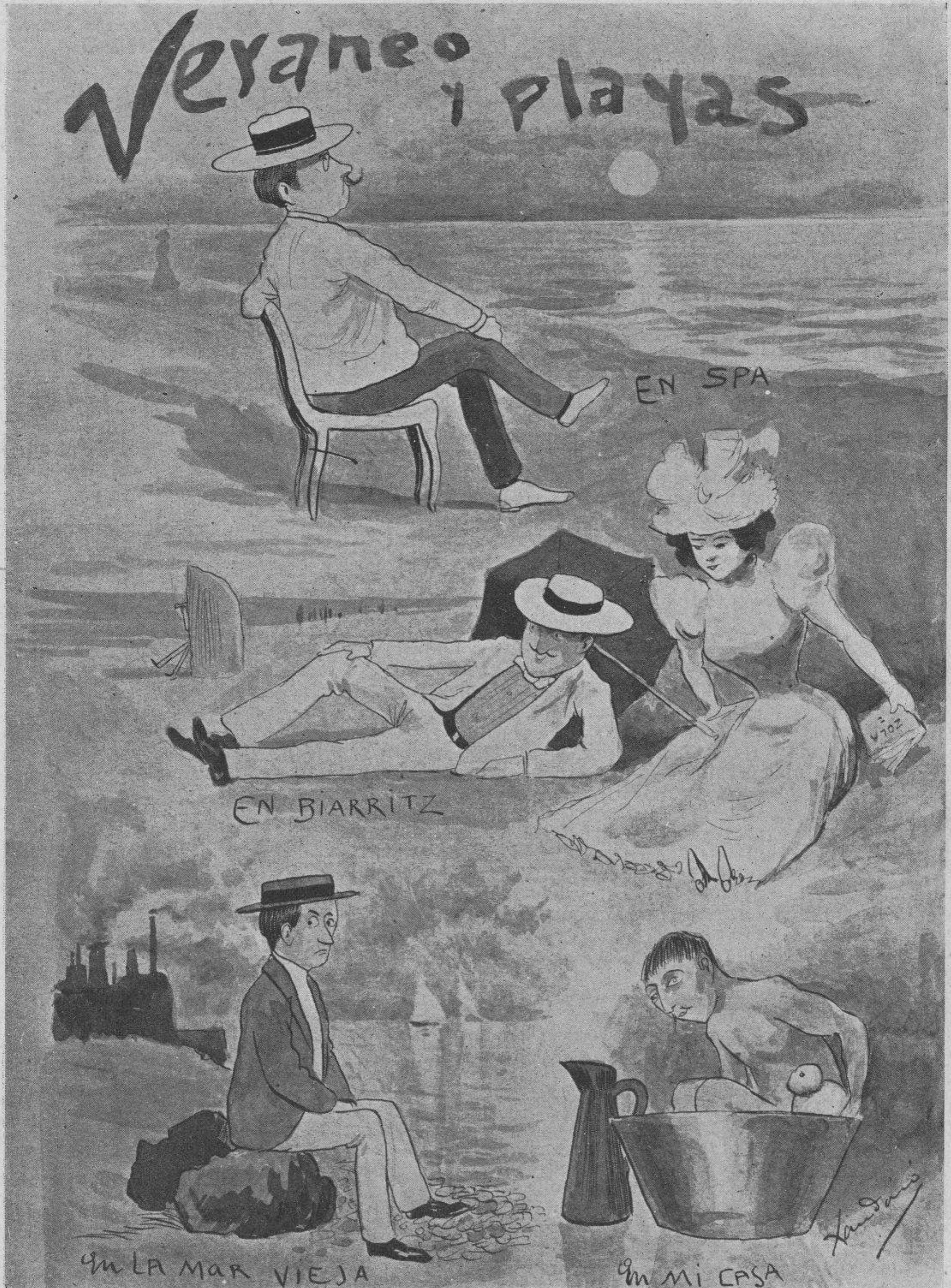
Por fin... desfallece y cae sin aliento para seguir. ¡Y cuándo! Cuando la voz sonaba tan cerca que cinco pasos más hubieran bastado á alcanzar al muchacho! Abrió Jorge los ojos para buscar al malvado demoniejo de la avaricia, que toda la noche había estado jugando con él impiamente; pero no le encontró... y tendiendo una ansiosa ojeada por la negrura del horizonte, y buscando en vano algún punto visible á donde asirla con las ansias de la última agonía, dejó de ver y de respirar... y de vivir.

* * *

No me pidáis explicación científica de su muerte. ¿No os ha probado Campoamor, que es además de poeta, médico, cómo puede morir un sér de apoplejía de ilusiones? ¿No sabéis que Galdós os refiere, bajo fe de palabra, que su *Marianela* murió de *eso mismo*? De *eso mismo* murió Jorge, persiguiendo al duende de la lotería, á ese duende que estas noches viene á sentarse junto á la cabecera de vuestro lecho, no dejándoos dormir tranquilos, sonando junto á vuestros oídos un bolsón repleto de vibrantes monedillas de oro.

José ORTEGA MUNILLA.

Vexaneo y Playas





Las Menegildas del ramo continúan distinguiéndose y haciendo de las suyas.

Ya no les basta con sisar, ni con *volver* á casa á las doce con un artillero, ni con todas las demás gracias que hasta ahora habían lucido.

Porque á una de ellas, que sirve en la calle de la Diputación, no la dejó la señora salir á paseo el domingo por la tarde, le pareció bien enfadarse y tomar venganza, á cuyo efecto quiso servir á los amos unos huevos fritos... en vitriolo.

La dueña de la casa pudo evitar, gracias á una casualidad, el trastorno consiguiente, y dió parte á la autoridad, más muerta que viva, de ios propósitos de la rencorosa *raspa*.

Conque, si tienes *raspa*, buen Tadeo, y se empeña en salir á cualquier hora, no te opongas, y mándala á *paseo*... y que te haga la cena tu señora.



Leo:

«Ayer mañana, en la carretera que va á Sans, estuvo á punto de ocurrir un lamentable suceso.

El conductor de un carro que iba en el vehículo, tuvo la imprevisión de dormirse y, volcando éste, corrió un grave riesgo de perder la vida.

Por fortuna, ni la caballería ni el carro ni el conductor sufrieron el menor desperfecto».

Y, paso yo, pisando la gramática, por todo: hasta paso por que se le diga al público que no sufrió *desperfecto* alguno la caballería, antes de decirle que no lo sufrió el conductor.

Pero después de pasar por eso, y de celebrar, como es natural, que nada de malo ocurriera, pienso, con el debido respeto:

O esto es broma sin malicia
ó es una insigne bobada;
porque, si no pasó nada...
¿por qué nos dan la noticia?



A propósito de haberse prohibido en París, en un teatro de cuyo nombre no puedo acordarme, que las señoras vayan á las butacas *ensombreradas*, ha empezado á hablarse aquí, en España, de implantar esa moda en el teatro.

Ojalá que sí; que á los pacíficos espectadores, se les suprima de una vez la vista del panorama eterno de las frondas.

Pero ¡ya verán ustedes como no se les suprimirá!

Porque, sabido es que las señoras acostumbran á adornar los sombreros con plantas más ó menos exóticas, pero abundantes casi siempre.

Y á adornar las plantas con cintitas de colores, para que no se escapen.

Y á poner, al lado de las plantas, algunas flores.
Y junto á las flores, algunas frutas.
Y cerca de las frutas, algunos pájaros.
Y ¡claro! los pájaros... ¡Cualquiera les quita á ellas los pájaros de la cabeza!



¿Creían ustedes que los tontos se habían acabado?

Pues la serie es más larga que la del último veterano que se muere lo menos dos veces al año siempre, y siempre por última vez.

Uno de nuestros menos distinguidos paletos, que llegó hace pocos días á la condal ciudad, y que llegó por cierto con un manojito de peluconas en la faja, ha hecho el consabido negocio de cambiar esas monedas, que ya no conocen más que los paletos y los ratas, por unos flamantes cartuchos de perdigones, teniendo que regresar al pueblo con los perdigones, y el burro, gracias á que cuando le dieron el timo no lo llevaba á mano.

—¡Arre, burro!—le decía
al ir hacia allá el baturro.

Y el animal pensaría:

«¿Por qué me dirá éste, burro?»

GRANADA. — Al que compre este periódico en la «Enciclopedia» (Zacatín, 115), se le regala el semanario «SIGLO XX».

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia

al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado.

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H^{nos} y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona